

PRELUDIO: EL PRECIO DE SER PÁJARO

Un día comencé a plantearme que escribir es un culto a la existencia, y que el hombre debería ser inmortal. El despertador me había arrancado de la cama a las seis de la madrugada, porque yo pretendía exprimir unos minutos para trabajar sobre este encargo, antes de salir en dirección al colegio donde imparto clases de dibujo. Quise reconocer algunos de los lugares sobre los que tendría que escribir, para lo cual me dispuse a ver varios documentales que tenía grabados en formato VHS. La primera casete contenía una película de media hora titulada *Un pequeño rincón del paraíso*, que es el nombre de una vía de escalada trazada a fuego humano sobre las paredes del Verdon. Y enseguida me golpeó la idea de que la memoria lo es todo para mí. Y que no hay nada más parecido a la inmortalidad que el permanecer en el recuerdo.

No sé si conseguiré explicarme.

Hace doce años yo residía en Oviedo y no me importaba qué me depararía el futuro. Creo que fue por culpa de una muchacha pelirroja por lo que empecé a beber demasiado, hasta el punto de que por primera vez en mi vida me despertaba sin tener conciencia de qué sucesos había vivido la noche anterior. Llegué a tragarme un par de botes de cerveza a modo de desayuno, y gastaba una pequeña fortuna en aspirinas para superar las resacas. Una mañana me despertó alguien que lla-

maba a la puerta de la buhardilla donde dormía, repicando el timbre con una insistencia desesperante. Cuando conseguí abrir, me encontré a López, un muchacho de dos metros de altura que se dejaba caer el flequillo por delante de la cara hasta cubrirle los rasgos incluso más abajo de la nariz.

—¿Cuándo nos vamos? —dijo.

Al tiempo que yo apretaba la rosca de la cafetera para preparar nuestro desayuno, algo fuerte que nos despejara, recordé que me había tropezado con López en algún bar, la noche anterior, y que con un bolígrafo sacado de no sé dónde, yo le había escrito en un trozo de papel, arrancado a una tarjeta de visita, la dirección de mi buhardilla. Con lengua de trapo, repitiendo las sílabas que apenas podía balbucir debido a que necesitaba articular al menos dos consonantes seguidas, le invité a acompañarme en un viaje a los Alpes, a Briançon, donde se había establecido mi hermano David. Una semana más tarde un autobús escupía en una población hasta entonces desconocida, en la encrucijada de cinco valles nevados, a dos tipos somnolientos y pelados de frío.

Unos años después, mi situación laboral estaba tocando fondo. Había regresado a Salamanca, aceptando otra oferta de trabajo aparentemente más sólida, pero la situación se torció mucho. Me negaba a probar el alcohol y, en consecuencia, no encontraba más consuelo que el de sumergirme en los libros y salir a pasear por los campos de encinas. Se me ocurrió visitar a López un fin de semana, pensando que al menos su compañía me traería a la cabeza la reconfortante presencia de un viaje feliz. Y fue en Oviedo, junto a López, donde recibí la noticia de la muerte de mi hermano en un accidente de montaña. Fue una pareja de la Guardia Civil la que reconoció nuestro coche cuando nos detuvimos en una gasolinera, pues alguien se había molestado en avisar de que debíamos ponernos en contacto con nuestras familias por un asunto urgente. Apenas tuve tiempo de darle un abrazo a López para despedirme de

él, antes de subir al coche de otro amigo que condujo todo el camino de vuelta a Salamanca, y desde allí a Briançon, pilotando de noche y durante veinte horas seguidas.

A los dos meses yo cumplí años. Recuerdo que entré en la treintena porque el día que habíamos subido a la Tête d'Aval para esparcir las cenizas de mi hermano, mi cuñada, Patou, me preguntó a qué edad podría alguien entender lo que había sucedido, pues ella estaba embarazada y se cuestionaba cómo podría explicarle a su hijo quién fue su padre y qué causa de justicia le alejó de nosotros. Creo que respondí que a los treinta, porque yo entonces tenía veintinueve años y no era capaz de comprender nada. Y mucho menos nada relacionado con la muerte, es decir, con la vida. El caso es que ese día, el de mi cumpleaños, recibí por correo un paquete que me enviaba López, y que contenía el libro *Bájame una estrella*, de Míriam García Pascual. En la página de cortesía, López había escrito «y que cumplas muchos más», un deseo vigoroso en esos momentos: al fin y al cabo, esa frase hecha expresa que alguien desea que uno siga vivo, cuanto más tiempo mejor. El libro de Míriam fue mi primera lectura de montaña. En ese momento, lo que más me afligió fue pensar que Míriam compartía el gusto de mi hermano por la montaña y la escritura poética, y que habían fallecido a idéntica edad.

En mi siguiente visita a Briançon, Patou me aguardaba con una sorpresa que contenía tantas dosis de ternura como de veneno. Había separado en una caja un montón de papeles y libretas que mi hermano conservaba, casi todas en un estado lamentable, semejante al de los papiros que a lo largo de siglos aguardaron en una tumba húmeda la mano del arqueólogo que los sacara a la luz. Así era mi hermano.

—Me gustaría que alguien continuara con los proyectos que David había puesto en marcha —me dijo Patou, y yo contesté que bien, que de acuerdo, sin atreverme a abrir la caja de cartón guitarra. Durante semanas fue un bloque hermético aparcado en un rincón de mi cuarto.

La abrí cuando sabía qué iba a encontrarme y ya me disponía a bregar a favor de la memoria. Traduje los apuntes que mi hermano había elaborado con intención de escribir un guión de una película, y los transformé en lo único que yo sabía hacer, que era escribir ficción con muchas metáforas. Mi hermano había imaginado una trama épica que transcurría en los barrancos del Verdon, con dos escaladores agarrados a la consistente piedra calcárea y una mujer que aguarda cuestionándose si esa vida sobre el abismo de la incertidumbre merece la pena ser vivida. Durante meses estuve buscando documentación sobre la Cornisa Sublime en una época en la que Internet apenas se había comenzado a implantar.

Hasta que un día, por casualidad, me encontraba en casa de unos familiares y alguien había encendido un televisor, conectándose a un canal de documentales en el que pasaron una vieja filmación de *Al filo de lo imposible*, en la que se anunciaban imágenes de escaladas en el Verdon. Conseguí disimular mi sorpresa cuando comprobé que una de las dos muchachas que protagonizaban la acción con la que había soñado mi hermano era Míriam García Pascual, una mujer fuerte y hermosa, de pelo rebelde en el que merecería la pena ensartar los dedos para jugar con él.

El documental finalizaba con una estampa de un crepúsculo sobre el que se recortaban los perfiles de Míriam y su compañera, Mónica, a quienes yo había observado protagonizar una sesión de danza vertical sobre el vacío, apoyándose en las tiernas puntas de los dedos. Si cabe enamorarse de una mujer por su figura y sus movimientos, esa relajada economía del esfuerzo, más potente la de Míriam, más elegante la de Mónica, me brindaba una ocasión muy pura. Unas ráfagas de música de batería, coincidiendo con los batacazos de las modelos, reflejaban las descargas de ácido láctico y los subidones de adrenalina. La lírica interior, que se corresponde a la meditación sobre lo que está haciendo el propio cuerpo para

eludir que el entusiasmo venza el ánimo del escalador, apenas se ve interrumpida, en todo el reportaje, por un comentario de Míriam, soplado por el esfuerzo:

—Con estas mallas tan sexys... para triunfar.

Ignoro si fue un desacierto de algún figurinista de televisión, o ella misma se encargó de seleccionarlas, pero lo cierto es que unas prendas ajustadas, fucsias y con brillos de nailon, en contraste con el color negro de su compañera, quien más tarde dibujaría las ilustraciones que acompañan a la edición de *Bájame una estrella*, ofrecían una deformidad artificial sobre la piedra resplandeciente y el fondo del cañón, tapizado de enebros.

Al mismo tiempo, una voz en off aprovechaba para reseñar algunos datos relativos a la evolución de la escalada, al nacimiento del séptimo grado, a la técnica y a los métodos de afrontar y entender las paredes del destino. Pero eso a mí me afectaba más bien poco. Había grabado el reportaje y así fue como acabé de obtener lo que me resultaba imprescindible para terminar mi novela, y me propuse cerrar el círculo de azares solicitando a Sebastián Álvaro, el director de *Al filo de lo imposible*, su colaboración en la promoción del libro, en caso de que lo consiguiera publicar. Nunca terminaré de crearme su respuesta cuando le envié el manuscrito a Televisión Española:

«Por supuesto que sí», me comentaba en un fax, «no sabes lo importante que es para nosotros».



En una novela de Camus, el narrador expresa: «El azar, el único dios razonable...». Y durante años supuse que esto significaba que las posibilidades de encontrarme con la familia de Míriam, a los que consideraba un poco como mis iguales, estaban a la vuelta de la esquina. Sólo quedaba encontrar la esquina adecuada.

Recuerdo que al poco de embarcarme en el proyecto del libro que transcurriría en el Verdon, visité la sede de la revista *Desnivel* con ánimo de pedir apoyo, aunque sólo fuera para obtener datos, referencias técnicas, nomenclatura de material de alpinismo y bibliografía. Darío Rodríguez puso a mi alcance todos los medios de su editorial, se ofreció a colaborar con una persona que no había conseguido publicar, hasta la fecha, ni siquiera un poema en una revista ciclostilada. Y ahora, de nuevo Darío me facilitaba la dirección de contacto de los hermanos de Míriam, quienes respondieron a mi solicitud asegurándome que «la familia de Míriam siempre hemos estado a favor de ayudar y poner a disposición de quien quiera aportar cualquier tipo de esfuerzo a mantener viva su memoria». Y adjuntaban un teléfono para que les llamara. Lo más difícil, para mí, iba a ser marcar aquel número.

Sólo sabía que se trataba de una gente que había hecho todo lo posible por que permaneciera encendida la imagen de Míriam, una muchacha con el pelo del color de un melocotón a punto de quemarse. Por los circuitos de montaña circulaba de mano en mano un documental rodado a su memoria por sus amigos, bajo la batuta de Juanjo San Sebastián, un montañero de rasgos tenaces y alma de gorrión. Un grupo de música formado por dos voces femeninas, de estilo libre, había compuesto una canción con la letra extraída de los escritos de Míriam y la interpretaban sin artificios, acompañadas de cuerdas de guitarra resonando sin estridencias en la caja de madera. El director del programa de radio *Doctor Livingstone*, publicó un libro con las entrevistas más interesantes que había pergeñado durante varios años, seleccionando, entre ellas, una en la que retaba a Míriam. Bajo el epígrafe «Amo a los que sueñan imposibles», una frase de Goethe que vaticinaba el levantamiento estudiantil de mayo del sesenta y ocho, se le dedica un capítulo en el libro *Cuerdas rebeldes*, de Arantza López Marugán. Uno se topa con numerosas referencias a sus aven-

turas, a su personalidad, a su presencia junto a las paredes de Yosemite o las rocas erguidas de Mali. Y entre las lecturas favoritas de casi toda la gente con que tropecé se encontraba *Bájame una estrella*, cuya lírica adolescente era lo más semejante a la libertad que ellos podían concebir, y cuyas virtudes literarias están en función del valor que uno quiera concederle a la inocencia. A lo largo de los meses en que estuve encontrándome con montañeros, investigando un poco sobre sus biografías, no dejó de sorprenderme la cantidad de ellos que habían comenzado a interesarse por el mundo del alpinismo gracias a la lectura, empujados por la narrativa. Tal vez esto se deba a que la literatura ha ido abandonando su campo propio, algo que le es esencial desde la época de los griegos, algo que expresa tan bien lo que sentimos, es decir, lo que vivimos, como es la aventura, y como es el drama. Frente a un tema tan contundente como resulta ser la épica de la montaña, la mayoría de los escritores eligen asuntos del estilo de la vulgaridad de lo cotidiano y se justifican asegurando que así participan de una denuncia o de un clamor social.

Al igual que en los extremos de la literatura, en la vida por un lado están los que se reconocen cuando no hacen más que una cosa en cada segundo, aunque este acto sea tan inocente como derretir agua en una taza de estaño, y por otro los que invitan a sus amigos a barbacoas con mucho chorizo y se permiten el lujo de soltar carcajadas mientras se remojan en la piscina a la luz de una luna que comparte el cielo con una farola de metacrilato. Entre un extremo y otro, el mundo ofrece cada día menos espacios inocentes.

En un lado de la balanza se encuentra la gente que se viste con el chándal para recorrer un centro comercial el sábado por la tarde, y en el opuesto la gente que, como Míriam y su amigo Risi, permanecieron dos meses al pie del Fitz Roy, sobreviviendo entre los envoltorios de las galletas a que habían reducido su dieta debido al minúsculo presupuesto de que

disponían, y a la espera de un día de paz en el cielo para encaramarse a la pared, y que renunciaron a su sueño porque junto al buen sol les llegó la noticia de la muerte de un amigo. En ese instante, la auténtica escalada era bajar hasta donde se encontraba una mujer para calentarle la mejilla con un beso.

Volví a leer *Bájame una estrella*, donde Míriam relata ese instante en que hubiera preferido regresar al perfume de la hierba mojada de su infancia. Mientras leía, recordé que durante mi primera inmersión en el texto que la familia recuperó porque necesitaban beber en la memoria de Míriam, estuve atento a mi entorno menos urbano, a los mirlos, a las lombrices que asomaban en la tierra húmeda de las dehesas, o al viento que levantaba en espectros pardos el polvo de la meseta. En definitiva, a la misma naturalidad con la que una adolescente enamorada estaba aceptando el paso del tiempo. Encontré el texto tan dubitativo como transparente, vagando del alma solitaria a las certezas que transmite la compañía, que son las dos maneras en que Míriam confesaba sentirse viva. Y ella tampoco rehuía, además, de ese irresoluble problema que propone que la escalada es una fórmula casi mágica para participar de la búsqueda de la felicidad, una suposición que nadie ha conseguido demostrar por escrito, y acaso esto se deba tanto al fuerte componente físico presente en la escalada, como al factor también físico que entraña la posesión de objetos, al desasosiego de quien no consigue reducir sus pertenencias a lo básico. En su mejor canción, *Like a Rolling Stone*, Bob Dylan afirma que «si no posees nada no tienes nada que perder», una afirmación que le hubiera gustado a Míriam, tan aficionada a la música de Leño y de Luz Casal.

Al margen de esos mensajes, topé en el libro con un par de afirmaciones que transcribí y clavé con alfileres en mi corcho de avisos, pues estaba dispuesto a cuestionar su valía. En una de ellas Míriam afirmaba que valor es renunciar a la compañía de las personas que quieres, y en otra calificaba a su

vehemencia como cruel e inútil. Sin detenerme a razonar, me dije que eso era mentira. De alguna manera, para confirmar o desmentir mis sospechas yo había viajado a Pamplona tras acumular el suficiente valor como para llamar a Carlos, el hermano de Míriam.

Mientras abre la puerta del piso de sus padres, Carlos justifica su ausencia:

—Ahora mismo están en Argentina –me explica–. Pienzan hacer un poco de turismo por Buenos Aires y las cataratas de Iguazú antes de bajar hasta Patagonia. Quieren ver los glaciares y también el Fitz Roy.

—¿Piensan bajar tan al sur?

—Sí.

Carlos no se detiene mucho para meditar las respuestas. Así pues, sigue aclarándome:

—Hace unos años decidieron ponerse a viajar, y están repitiendo los itinerarios de Míriam. Ya han visitado Perú, Mali y el Yosemite. Incluso fueron a la India, al Himalaya y llegaron tan cerca del Merhu como puede hacerse en vehículo.

Entramos en el piso de los padres de Míriam y Carlos. Se trata de un hogar cálido perfectamente saturado de los objetos que una familia va acumulando a lo largo de tanta vida. Una puerta con cristal ámbar, entreabierta, separa el vestíbulo del salón. Entre las cortinas de crema y los muebles color caoba, un espacio de pared queda ocupado por un retrato al óleo de Míriam. Me acerco en esa dirección. En la esquina del lienzo, sujeta desde hace doce años por los cantos del marco, alguien de la familia dispuso que a la imagen de Míriam debiera acompañarle siempre la de su mejor amigo, Risi.

—No se ha hecho justicia con este muchacho –dice Carlos–. Éste es Risi –y separa la foto del cuadro para que la pueda ver más de cerca–. Los medios y la gente se preocuparon por mi hermana y por nosotros, cuando Risi era igual de importante.

No puedo dejar de sentirme culpable, por mi parte, al participar de esa mancha que Carlos, quien dispara todos sus comentarios con la franqueza del líder de una rebelión, está denunciando.

—El cuadro es mío —me explica—. Me lo regalaron mis padres el día de mi boda, en el año noventa y tres. Pero no me lo he podido llevar a casa. Por ahora no me atrevo. Sé que lo haré, pero quiero que permanezca aquí en lo que mis padres puedan conservarlo.

—Se lo prestas en usufructo —se me ocurre decir.

—Algo así —responde mientras gira sobres sus talones indicándome con la mano que le siga—. Ven por aquí. En esta habitación es donde guardamos todas las cosas.

Entramos en un cuarto minúsculo, sobrecargado de objetos y libros que van abarquillando las baldas. Sobre unos estantes reposan los trofeos de Míriam. En la pared, cuelga una foto, un retrato de Míriam ampliado a tamaño natural, que apareció entre los negativos disparados en el campamento base del Merhu. En el retrato se aprecia que la luz del Himalaya ha lavado los ojos de la muchacha. Los cajones de los muebles esconden piezas que representan reminiscencias, algunas de enojosa memoria.

—Hace un par de días —dice Carlos— vine para echar un vistazo a todo esto, a las cosas que te pudieran interesar. Hacía años que no había abierto estos cajones.

Me hace sentarme en un sillón de dos plazas, frente a un televisor encajonado entre muebles. Va abriendo cajones y mostrándome recortes de prensa, señalándome los trofeos y medallas y diplomas que delatan los logros de su hermana. Luego me hace apagar la luz para concentrarnos en las imágenes de los vídeos en que se rinde homenaje a Míriam. Me enseña fotos de la familia, de sus otras hermanas, Idoya y Noelia, del momento en que él se estaba despidiendo de Míriam en la estación de tren, cuando ella partía en dirección al Merhu. Y del otro amigo de Míriam, Miguel Lausín, un pirata

con barba recortada y pañuelo rojo en la cabeza anudado a la altura del cogote, que había colaborado como especialista en algún programa de *Al filo de lo imposible*, como por ejemplo aquel en que se emuló el trágico episodio que supuso la muerte de Rabadá y Navarro en la cara norte del Eiger.

Revisamos las habitaciones de la casa, mientras Carlos me habla de sus padres, de la fe que, junto a la compañía de las familias de Miguel y Risi, les sostuvo en los momentos críticos, del mes en que las paredes del hogar se transformaron en una sala de tortura, pues cada día llegaban noticias diferentes sobre la suerte de Míriam, sobre el hallazgo de los cuerpos y su traslado. Un mes en que resultó imposible descansar y que Mónica Serentill, la compañera de cuerda de Míriam en el documental del Verdon, vivió junto a ellos. Hasta que las familias organizaron una expedición privada que les confirmara el horror, un temblor que llegó a ser preferible a la incertidumbre.

—Después empezaron a aparecer por casa personas que no conocíamos —dice Carlos—, sobre todo montañeros como Juanjo San Sebastián. Y un día se presentó un muchacho con esto —y separa una foto de un perro blanco de entre todas las demás—. Es Kiko. Ese día llamaron a la puerta y cuando abrimos nos encontramos frente a un muchacho que no conocíamos de nada y que sostenía un cachorro en brazos. «Veréis», nos explicó, «Míriam vio un día a mi perrita embarazada y me dijo que cuando nacieran los cachorros uno sería para ella. Así que, si lo queréis es vuestro».

Kiko vivió siete años con ellos. Era fiel y un verdadero estimulante, y además poseía la virtud de que podía ser acariciado.

Salimos a la calle. El teléfono móvil de Carlos retumba y él responde para escuchar a Nuria, su mujer, recordándole que compre el pan.

—¿Conoces Etxauri? —me pregunta— Vamos a la panadería y luego a Etxauri. Es la escuela de escalada más próxima, donde mi hermana aprendió a trepar por las paredes.

Luego me comenta que nunca entendió cómo es que Míriam era capaz de agarrarse a las rocas y avanzar hacia lo más alto.

—Con lo patosa que era —dice—. Te aseguro que si iba andando por la calle y había un lápiz sobre la acera, se tropezaba y daba con sus huesos en el suelo.

Míriam siempre llevaba los cristales de las gafas rasgados, las patillas arrancadas y pegadas con celo, la montura esculpida, con asimetría, a golpes propinados para enderezarla después de que se hubiera deformado con una caída.

Nos disponemos a cruzar la calle por un lugar en el que no hay un paso de cebra.

—Por aquí siempre estaba aparcado su coche —dice Carlos—. Tenías que haberlo visto. Un día me lo prestó y cuando empezó a llover y giré la palanca del limpiaparabrisas, descubrí que al final de las varillas no había nada. Tenía un agujero en el suelo por el que se veía correr el asfalto. Las puertas no cerraban. Las llantas se habían desgastado hasta sacar los alambres al aire. Sonaba como una caja de herramientas sobre una centrifugadora. Era un auténtico peligro en la carretera, pues además Míriam conducía con la nariz pegada al volante, como si fuera Rompetechos.

Entramos en una pastelería con la atmósfera rebosante de harina y azúcar glasé recién horneadas. Los altavoces, en tono de susurro, espiran la música narcótica de Pink Floyd. *Wish you were here*. Salimos con un pan debajo del brazo, calculando los años que han transcurrido desde la última vez que escuchamos ese tema. Camino del coche, Carlos me relata cómo fue el instante en que recibió la noticia del accidente. Era una época negra para él, sin trabajo ni visos de que la situación mejorara. Una mañana su padre le llamó por teléfono y le pidió que bajara a la tienda de perfumes que regenta la familia. «Carlos... Míriam...», fue todo lo que necesitó decir su padre para que él comprendiera lo que había sucedido. Pese a la

decapitación del entendimiento, reunió las suficientes luces como para saber que debía regresar a su casa y anunciar la pérdida a su madre. Le bastaron dos sílabas para que su madre comprendiera qué había ocurrido. Carlos abrió la puerta y se asomó al cuarto donde ella se encontraba.

—Mamá —dijo.

Su madre apretó el puño dentro del bolsillo. Desde hacía años, cada vez que Míriam partía en uno de sus viajes, la madre guardaba en el bolsillo derecho del vestido un pequeño crucifijo que sostenía entre sus dedos con frecuencia, y también con una serenidad deseosa de un futuro encantador.

Quince días más tarde, en medio de la confusión de noticias, del tifón emocional y de la falta de descanso por carecer ni siquiera de certezas suficientes como para dar por concluido el episodio de la vida, la madre pidió a Carlos que la acercara a Etxauri, a la escuela de escalada donde Míriam aprendió a encaramarse a las paredes. Carlos aparcó el vehículo en un rellano de la cuneta, entre los árboles. Bajaron del coche y se internaron en el bosque por un sendero. Por las murallas de Etxauri trepaban unos jóvenes cuyos gritos eran sonidos de contrabajo entre los aplausos de las hojas mecidas por el viento. Se habían internado lo suficiente en el bosque como para perder de vista el asfalto y a los escaladores, cuando Carlos vio a su madre arrodillarse y acariciar la tierra. Después, con las palmas de las manos, fue abriendo un hueco en el sendero, apartando la arena a los lados, hasta que el hueco fue lo bastante hondo como para dar cabida al crucifijo que sacó del bolsillo y enterró con cariño.

—Fue entonces cuando me di cuenta de que era preciso hacer algo —dice Carlos—, porque aquello la ayudó a desahogarse. Aunque en realidad, en tan mal momento, ese acto no tenía más potencia que la de una aspirina contra un cáncer.

Y Carlos se llegó hasta el taller de forjado de un familiar de Nuria, su compañera, para encargarle una cruz de hierro dulce.

Carlos me muestra el lugar donde instalaron la cruz, la pusieron sobre unas rocas, a unos treinta metros de la carretera. Los brazos de la cruz apenas alcanzan dos palmos de largo, y a sus pies un marbete de metal negro, bien barnizado, reza los nombres de los tres muchachos: Miguel, Míriam, Jesús. Carlos ha colocado, no hace mucho, una rosa de hierro en un hueco de la roca que tenía la forma cóncava de una vasija.

—De vez en cuando aparecen ramos de flores que la gente trae —me comenta—. No sé quiénes vienen por aquí, al margen de nosotros. Y si se trata de uno de nosotros el que trae flores en su memoria, flores o esa campana que un día apareció colgando de la cruz, no se lo cuenta a nadie.

A continuación, Carlos me hace mirar en dirección contraria, al pie de los endrinos.

—Ahí está enterrado Kiko —dice—. Vino a ocupar un hueco muy importante durante los siete años que estuvo con nosotros —luego estira un pie y con la puntera acaricia una carrasca—. Y esta encina la planté yo cuando nació mi hija. ¿Ves? No arranca a crecer, pero tampoco se muere.

Me explica que aquí es donde se reúnen las familias a finales de mayo para celebrar los cabos de año, aunque nunca en fecha exacta, pues ignoran en qué día ocurrió el accidente. Para ellos fue de gran valor el poder compartir la vida, desde entonces, con los padres y hermanos de Miguel y Risi. Unos ejercieron de contrafuertes de los otros.

—Primero suben aquí y rezan en su memoria —me explica—, luego bajan al pueblo y escuchan misa. Y después, van a un restaurante y comen todos juntos. En realidad, al final pasan un buen rato. Venga, vámonos, que Nuria nos espera para comer a las dos y media y ya llegamos tarde.

Apenas disponemos de tiempo para comer antes de que lleguen sus hermanas, Idoia y Noelia, que se apuntan a tomar café con nosotros.

—Idoya, la pequeña, está casada —comenta—, y Noelia se casa dentro de unas pocas semanas. Como supongo que continuarán con los pasos de las familias tradicionales, no tardarán mucho en llegar los bebés. Así pues, hemos decidido gastar una última oportunidad en hacer un viaje los tres hermanos juntos dentro de unos meses.

—¿Y a dónde pensáis ir? —pregunto.

—A Nepal.

—¿A Nepal?

—Sí. ¿Por qué?

—No. Por nada —digo, rebajando el tono de voz—. Me parece muy bien. Es un lugar hermoso —digo, mientras recuerdo que yo también viajé a Nepal un par de años después de la muerte de mi hermano. Era verano y los monzones apenas me permitieron internarme en las montañas, pero llegué a divisar las cumbres de los Annapurna y del Dhaulagiri. Regresé a España, y tres días más tarde estaba conduciendo en dirección a los Alpes para subir a la Tête d'Aval, al lugar desde el que esparcimos las cenizas de mi hermano, y llevar conmigo esas imágenes todavía tiernas para mezclarlas con las montañas de la memoria, las del lugar donde mi hermano quiso quedarse.

Ahora se me ocurre que si da pereza morir, acaso sea porque uno piensa que va a echar de menos durante demasiado tiempo el paisaje de aromas que le acompaña en un paseo por un valle de Nepal estrenado después de la lluvia. Y la desaparición de los demás fragua un nudo de rabia en el gáznate, porque uno ya no podrá explicarles en qué consistió ese misterio.

Las hermanas de Carlos llaman al timbre con más de media hora de retraso. Han subido con sus parejas. El encuentro con estas cuatro personas, que tienen todo el amor por delante, gesta en algún lugar de mi entendimiento la maldición de las crisis de los cuarenta años. Todavía no se les acarтона la piel de los párpados ni les duele la espalda. Nos saludamos y cruzo con ellos algún tópico de rigor. Sin embar-

go, en el momento de sentarnos, cuando tal vez deberían comenzar a hablar sobre Míriam, Idoia, la pequeña del grupo, se incorpora y busca en el bolso que dejó sobre la mesa.

—No tengo tabaco —dice—. Voy a buscar. Vuelvo en seguida.

Su marido sugiere que coja algún cigarrillo de los suyos, y se ofrece a ser él quien vaya hasta el quiosco más próximo. El compañero de Noelia se une a la expedición que tardará al menos tres cuartos de hora en volver. Y Nuria, la mujer de Carlos, se entretiene en algún rincón de la casa, ocupada con quehaceres domésticos.

Con un arrojo depurativo, sin dar cabida a los silencios, Noelia se lanza a hablar sobre su hermana, sobre su familia. Idoia pasea por detrás del sofá donde estoy acomodado. Frente a mí, Carlos permanece sentado, tranquilo, observando la escena, e interviene sólo para dar respuesta a mis preguntas. Es ahora cuando reconozco las razones por las que la madre eligió a Carlos como pilar de apoyo para ella, es decir, para la familia. Me hablan de los cinco minutos que siempre ha pedido su padre para encontrarse a solas con Míriam y despedirse de ella. Mencionan el valor de sus padres, quienes entre frascos de perfumes con formas de sofisticadas figuras vanguardistas y tallas barrocas, pulidos o con texturas fantasmales, recibieron cientos de visitas de desconocidos que justificaban su presencia en la tienda buscando aromas de matices inverosímiles, para así dar pie a una conversación en la que narrarles sus pérdidas.

—Míriam era muy popular en Pamplona —relata Carlos—. Muchas madres acudieron a la tienda para desahogarse con alguien que se reconociera en ellas.

Pretendo preguntarles cuál era el parecer de su madre en una situación semejante, ejerciendo de paño de lágrimas, cuando me narran que en cierta ocasión falleció en un accidente de escalada un muchacho de Pamplona, y que su madre, ni corta ni perezosa, se presentó a los pocos días en casa de la familia del muchacho sin conocerles de nada.

—Soy la madre de Míriam García Pascual —dijo, y la otra madre se echó a llorar en sus brazos.

Me hablan de las dos sustancias que han aliñado sus vidas. Y, sobre todo, me hablan de Míriam, de lo poco que les ha costado siempre recordarla, recordar sus mejores momentos, como el día que robó una botella de vino de la bodega de su padre, una botella destinada a ser abierta el día en que ella anunciara su boda, para fundírsela durante una excursión a los Pirineos.

—Por eso —dice Carlos— he decidido que las cosas buenas hay que gastarlas cuanto antes, que no merece la pena reservarse nada.

Relatan anécdotas como las del viaje a Mali de Míriam, al que también la acompañó Risi, y del que retornó entusiasmada.

—Escalaban las montañas de Hombori —dice Noelia—, como el Kaga Tondo, y cuando bajaban ponían a hervir espaguetis. La gente pensaba que habían trepado a lo más alto para recoger los espaguetis, pues allí no existía nada parecido y no comprendían de dónde podían haberlos sacado, como no fuera del lugar que sólo pudo ser escalado, según sus leyendas, por un guerrero songhay.

—Seguramente —añade Carlos— el mismo guerrero que se olvidó allí una vasija de barro, pues en una de las cimas descendieron con restos de una vasija.

—¿Y a ninguno os ha dado por una pasión parecida a la de Míriam? —les pregunto.

—A mí sí —contesta Idoya—. Hubo una época en la que vestía igual que ella. De hecho iba a escalar a Etxauri y cuando me encontraba con la gente que la conocía, todos hacían un gesto de sorpresa, como si fuera ella la que apareciera de repente. Esta fiebre me duró hasta los veintiún años.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que me enamoré.



El día diez de junio de mil novecientos noventa, aterrizó en Delhi una expedición organizada por las familias y dirigida por Mari Abrego, uno de los himalayistas españoles más curtidos en batallas. Los otros tres miembros de la expedición eran José Manuel Lausín, hermano de Miguel que viaja con la insoportable tarea de representar a las familias, Antonio Sánchez y José Carlos Tamayo quien, según las impresiones de Carlos, debió de pasarlo mal. Carlos sigue preguntándose por qué se ofreció Tamayo, se cuestiona, en voz alta, que tal vez se sintió presionado, que por su amistad con Míriam y su experiencia en la región creyó que era la persona adecuada para ir y por esa razón no dudó en ofrecerse para participar en una expedición cuyo fin era certificar los fallecimientos y ponderar las posibilidades de rescate de las corazas con forma humana que recubrieron a Míriam, Miguel y Risi durante los años en que fueron jóvenes.

—Participar en ese intento de rescate no debió ser un plato de buen gusto para ninguno —dice Carlos—, pero, por lo que he podido conocerle en estos años en que ha sido el alpinista más próximo a nosotros, tengo la impresión de que debió ser especialmente ingrato para Tamayo, al margen de lo que le supuso al hermano de Miguel, claro está.

De hecho, el propio Carlos estuvo a punto de colaborar en la partida, pero la situación en su hogar, con unos padres a los que se les habían echado cientos de siglos encima de un hachazo, y unas hermanas que atravesaron la pubertad en menos de quince días, le indujo a pensar que no debía separarse de ellos. Al menos no por ahora, al menos no en quién sabe cuánto tiempo.

En la India, los participantes del grupo de rescate contactaron con las mismas agencias de que se sirvieron Míriam, Miguel y Risi, así como con el señor Harish, el oficial de enlace de la infortunada expedición, quien se ofreció para acompañarles, de forma desinteresada, tantos días como durara su funesto cometido al pie de los Merhus, en la tierra de la familia de Harish. Unas

semanas antes, en el campamento base de Tapován, el señor Harish se había despedido de los ilusionados jóvenes, quienes planificaban alternativas a su ruta prevista, demasiado peligrosa por culpa de la abundancia de nieve, quedando en encontrarse con ellos seis días más tarde. Cuando volvió al campamento base, Míriam, Miguel y Risi llevaban un buen puñado de jornadas fuera, explorando. «Demasiados días», pensó el señor Harish cuarenta y ocho horas después, y tras subir repetidas veces a la morrena del inicio del glaciar para indagar si la expedición se hallaba en alguna de las rutas posibles. Ante la falta de noticias, el señor Harish optó por pedir ayuda.

En Uttarkashi, donde los tres muchachos habían contratado los porteadores, los integrantes de la expedición familiar se reunieron con los participantes del equipo de rescate que recuperó alguno de los efectos de los tres jóvenes a una altura de cuatro mil ochocientos metros, en lo que debió ser el campamento I, entre los que se encontraba una cámara de fotos cuya película estaba impresionada media docena de veces; una de las fotos resultó ser el retrato de Míriam que hoy cuelga, ampliado hasta que su rostro adquiere una dimensión natural, en la habitación reservada a recuerdos, en la casa de los padres de Míriam. Allí, en Uttarkashi, Mari, Antonio, José Carlos y José Manuel, se entrevistan con algunos de los quince montañeros que rastrearon la zona los días dos y tres de junio, sin hallar vestigios de presencia humana, posiblemente debido a las continuas avalanchas y nevadas que se han producido los últimos días. También supieron del intento de un grupo de militares de la policía de frontera que a los cuatro días de la tentativa de los quince montañeros indios, hicieron una aproximación rastreando el glaciar con ningún resultado. Para entonces, el señor Harish ya había depositado las pertenencias de la expedición en la sede de la Fundación India para la Montaña.

El día dieciocho, los cuatro expedicionarios comienzan sus propios reconocimientos del glaciar, jadeando por la falta

de aclimatación, avanzando más por rabia que por fuerza. Al mismo tiempo, se entrevistan, con el señor Harish actuando como intérprete, con gente como el piloto del helicóptero que avistó los cuerpos inmóviles tres semanas antes. La descripción que hace el piloto, detallada, explicando la posición de los cuerpos, el color de las ropas, destacando que no están encordados y que llevan las mochilas puestas, no deja lugar a dudas. La expedición debe dividirse para acabar cuanto antes con su farragoso deber. Dos de los miembros regresarán a Delhi para realizar los trámites de rigor, mientras otros dos efectúan un último intento de aproximación hasta la zona del accidente. Los que regresan a Delhi son José Carlos Tamayo y José Manuel Lausín, una decisión fácil de interpretar, pues son los más afectados por el cometido del viaje. Aunque ninguno de ellos jamás lo confiese, resulta sencillo suponer que Mari Abrego y Antonio Sánchez empujaron a sus compañeros para que descendieran a Delhi bregando contra la resistencia de éstos.

Mari y Antonio aprovecharon esa jornada para subir al campamento I en una mañana con un tiempo deleznable. Ascenden sobre las laderas de hielo para estudiar el glaciar y las posibilidades de aproximación al sitio maldito, pero el laberinto de seracs y grietas ocultas limita sus movimientos. Finalmente, desde una torre de serac divisan la región escondida del glaciar, donde se supone que hallarán, en las faldas del Merhu Sur, las señales de lo que fue vida. Y gracias a los prismáticos divisan tres figuras. Entre ellos y los cuerpos, el glaciar se mueve, se cuartea con ruidos de millones de bestias a las que se descuartiza en vida, la mole de hielo se rasga y abre. Y un monstruoso serac descarga toneladas de nieve sobre la zona, apelmazadas masas que les disuaden de acercarse hasta los cuerpos. Se encuentran demasiado lejos como para que se pueda apreciar algo en las fotografías que toman, y así, en un silencio expresivo, Mari y Antonio terminan su quehacer. Levantan un croquis de la situación y el entorno, se preguntan qué motivó a los tres mucha-

chos a arriesgarse por una ruta en la que había tanto peligro de avalanchas de hielo y roca y, sobre todo, observan. El día se envuelve en el color gris del pelo de las ratas. Ráfagas de ventisca dificultan el sosiego preciso para que puedan hacer lo que pretenden en ese momento, y que es despedirse. Y así permanecen largo rato, hasta que las grietas que se abrieron en las vísceras del pecho se han suavizado un poco.



Muchos años más tarde, Koldo, el guarda de un refugio de Pirineos, soñó con Míriam. Al día siguiente se despertó con una obligación presionándole las costillas. Candó la puerta del refugio, solicitó a la federación que enviara un sustituto y bajó hasta Pamplona, donde se agenció un billete de avión a Delhi. Antes de embarcarse, se dio un paseo por la escuela de escalada de Etxauri, buscando bajo los endrinos una piedra que se asemejara a la de su sueño. Se agenció una laja no muy grande, con una superficie lisa y limpia, y a golpes de buril grabó su mensaje. Guardó la piedra en el fondo de su mochila y voló a la India. En autobuses atorados de pasajeros y sudor, alcanzó Uttarkashi. Compró algo de comida, para sobrevivir durante los días que tardara en alcanzar el pie del Merhu, y se puso en marcha. Cuando llegó al pie de la vía que Míriam, Miguel y Risi habían proyectado escalar, descansó aguardando el momento apropiado para llevar a cabo su cometido. El sol destrepaba del cielo. Estaba a punto de ocultarse tras las cumbres y glaseaba la nieve con una pátina malva. Se intuía un crepúsculo de sangre. Entonces Koldo sacó la piedra de la mochila y la depositó coronando una pirámide de rocas. Se colocó la linterna frontal, encendió la bombilla y emprendió el regreso. Detrás dejaba su mensaje: *Hola Soy Míriam. Me Quedé a Vivir Aquí y Soy Feliz. Agur.*